

Integralidad **10** sobre ruedas ⁽¹⁾



Vol. 10 | n.º 1
Montevideo,
diciembre 2024
E-ISSN: 2697-3197
ISSN: 2301-0614

Dossier

«Sistematización de experiencias educativas y prácticas integrales.
Diálogos, potencialidades y desafíos»

Contenido

- 5** Presentación del *dossier* «Sistematización de experiencias educativas y prácticas integrales. Diálogos, potencialidades y desafíos»
Romina Hartegano, Cecilia Etchebehere
- 16** Paisajes de aprendizaje. Una experiencia en Vista Linda
Luis Contenti, Sandra Segovia
- 29** Sistematización de experiencias de estudiantes de Trabajo Social en la comunidad waorani de Toñampare, provincia de Pastaza, Ecuador, 2019-2020
Gisela Santamaría Valle, Vinicio Parra
- 44** Relaciones y vínculos entre animales en Malvín Norte (Montevideo, Uruguay): aprendizajes interdisciplinarios
Patricia Iribarne, Ana Laura López de la Torre, Analía Álvarez, Ana Belén Aguilar-Sosa, Luccina Martínez, Sylvia Corte, Francis Torena, Luciana Ferreira
- 71** Aprendizajes críticos desde una práctica extensionista en psicología en escuelas durante la pandemia y la pospandemia en Uruguay
Esther Angeriz y Alejandra Akar
- 95** Construir un sueño con los pies (y las manos) en la tierra. Ensayos de extensión compañera desde el Espacio de Formación Integral Pedagogía Social, Territorialidades y (eco)Feminismos
Mariana Martínez Montero, Sandra Bodeant
- 110** Prácticas integrales en Nuevo España. Entre la práctica y la reflexión en torno a la memoria barrial
Lucía Abbadie, Juan Alves, Lorena Rodríguez
- 130** Sistematización del proyecto de extensión relativo al acceso a la tierra por parte del grupo de mujeres La Colectiva
Fiorella Fernández, Ana Clara Madeiro, Constanza Martínez, Mateo Nalerio, Néstor Sánchez Sanz, Franca Valder Cal
- 141** Extender la teoría política: aprendizajes y desafíos del Espacio de Formación Integral Reflexiones Situadas sobre Injusticias, Opresiones y Violencias
Isabel Cedres, Laura Gioscia, Julián González, Diego Puntigliano Casulo, Camila Zeballos Lereté
- 154** Aula abierta. Formación integral en un excentro clandestino recuperado como sitio de memoria
Gonzalo Correa, Martina García Correa, Carlos Marín Suárez, Alberto de Austria Millán, Eugenia Sotelo Rico, Antía Arguiñarena Pereira, Jesús Arguiñarena Biurrun, Sebastián Delbono
- 174** Salir al campo: apuntes sobre prácticas integrales en contextos de ruralidad
Paola Mascheroni, Alberto Riella, Jessica Ramírez

Construir un sueño con los pies (y las manos) en la tierra. Ensayos de extensión compañera desde el Espacio de Formación Integral Pedagogía Social, Territorialidades y (eco) Feminismos

Mariana Martínez Montero¹, Sandra Bodeant²

Recibido: 31/03/2024; Aceptado: 06/07/2024
DOI: <https://doi.org/10.37125/ISR.10.1.06>

Resumen

Este artículo constituye un esfuerzo de reflexión y sistematización de experiencias en torno a nuestra práctica compartida de extensión universitaria en el espacio de la huerta urbana agroecológica Huceba (Huerta del Centro de Barrio Peñarol). La experiencia, desarrollada en el año 2023, se dio en el marco del Espacio de Formación Integral (EFI) Pedagogía Social, Territorialidades y (eco)Feminismos de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, de la Universidad de la República (Udelar). Al momento de finalizar el ciclo del EFI, percibimos un hondo contraste entre las incertidumbres e incomodidades que marcaron los inicios de nuestra práctica y los latentes encuentros que, como contrapunto, fuimos alcanzando hacia el cierre del año. Nos proponemos aquí dar cuenta de los recorridos vivenciales y conceptuales que fueron dando forma a nuestro intento de *extensión compañera*: significante intuitivo que ha ido adquiriendo sentidos en el territorio y de la mano de nociones —impulsadas desde los márgenes del pensamiento feminista— tales como *cuerpo-territorio*, *cuidados*, *ecodependencia*, *interdependencia* y *luchas por lo común*. Estos recorridos nos han permitido visibilizar y valorar los saberes y las prácticas de quienes a través de su trabajo no solo cultivan la tierra, sino también las relaciones de apoyo mutuo y cuidado de la vida humana y no humana.

- 1 Docente de Arte y Comunicación Visual, Consejo de Educación Secundaria de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP). Estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, Udelar. Oriunda del barrio Peñarol (Montevideo), inicia su primer acercamiento a Huceba en el año 2022. Actualmente, se encuentra desarrollando su proyecto de tesina titulado: *Huerta del Centro de Barrio (Huceba). Entramado pedagógico-comunitario en una huerta urbana agroecológica*.
- 2 Estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación, Udelar. Funcionaria en la Dirección de Educación Técnico Profesional - Universidad del Trabajo del Uruguay de la ANEP. Oriunda del departamento de Paysandú.

Palabras clave: territorio, territorialidades, cuerpo-territorio, ecodependencia, interdependencia, luchas por lo común, pedagogía feminista, extensión compañera.

Resumo

Este artigo representa um esforço de reflexão e sistematização de experiências em torno de nossa prática compartilhada de extensão universitária no espaço da Horta Urbana Agroecológica Huceba (Horta do centro do Bairro). A experiência, desenvolvida no ano de 2023, ocorreu no âmbito do Espaço de Formação Interdisciplinar (EFI) Pedagogía Social, Territorialidades e (eco) Feminismos do curso de Licenciatura em Ciências da Educação, Udelar. Ao concluir o ciclo do EFI, percebemos um profundo contraste entre as incertezas e desconfortos que marcaram o início de nossa prática e os encontros latentes que, como contraponto, fomos alcançando em direção ao encerramento do ano. Propomos aqui relatar os percursos vivenciais e conceituais que moldaram nossa tentativa de *extensão companheira*, um significante intuitivo que tem adquirido sentidos no território e em consonância com noções impulsionadas a partir das margens do pensamento feminista, como corpo-território, cuidados, ecodependência, interdependência e lutas pelo comum.

Palavras-chave: território, territorialidades, corpo-território, eco-dependência, interdependência, lutas pelo comum, pedagogia feminista, extensão companheira.

Introducción

El propósito inicial de este trabajo es aproximar una síntesis parcial de las experiencias vividas en el EFI Pedagogía Social, Territorialidades y (eco)Feminismos cursado dentro de la Licenciatura en Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Udelar). A lo largo del año 2023, experimentamos una paulatina transición hacia momentos de creación y confluencia entre estudiantes mujeres e integrantes de la huerta agroecológica Huceba (Huerta del Centro de Barrio Peñarol). Nos interesa recuperar algunos sentipensares, conceptos y decisiones que fueron transformando, dando sentido y forma de semilla a nuestro intento de *extensión compañera*. Para ilustrar este recorrido, nos hemos propuesto recuperar fragmentos de vivencias compartidas en el EFI y en la huerta, vivencias que se fueron enlazando con los caminos colectivos y también teóricos que atravesamos en nuestra práctica extensionista.

Breve introducción a nuestro espacio de práctica: Huceba

La Huerta del Centro de Barrio Peñarol es un espacio que comienza a gestarse, como huerta, en el año 2014 a partir de un proyecto de coordinación entre la Oficina de

Planeamiento y Presupuesto y el Centro de Barrio.³ Ubicado en las calles Aparicio Saravia y Avenida Sayago, en el Barrio Peñarol, este espacio comienza como proyecto cogestionado junto con la ONG El Abrojo (durante el primer año) y luego por la ONG El Tejano. A partir del año 2016 la huerta es gestionada de forma autónoma por los propios vecinos y vecinas de la comunidad barrial. Sus principales promotoras son personas, en su mayoría jubiladas y desocupadas, que trabajan de forma voluntaria. La huerta también integra la Red de Huertas Comunitarias del Uruguay y participa, activamente, de la Comisión de Huertas del Concejo Vecinal Zonal 13 del Municipio G de Montevideo. Además de llevar adelante las complejidades imbricadas en el trabajo de cultivo, Huceba se caracteriza por realizar numerosas actividades comunitarias, culturales y educativas: todas las semanas recibe visitas de escuelas, clubes de niños y niñas, liceos y diferentes organizaciones sociales.

La historia colectiva de Huceba se vincula íntimamente con las historias individuales de cada integrante. Silvia Gallo, jubilada y sastre de oficio, es, junto con Ana Astapenco, una de sus voceras principales. A través de ellas sabemos que la huerta fue creciendo muy de a poco, desde y para la comunidad barrial. Silvia cuenta que el nacimiento de la huerta inicia con la limpieza y la recuperación del suelo para, luego, comenzar con el cultivo de dos canteros a partir de los materiales donados por las mismas personas de la huerta. Los sábados, en la huerta, son días de reunión donde las personas integrantes del proyecto comparten el fuego, la olla y las anécdotas. También juegan al truco, festejan y se apoyan en momentos difíciles. Durante estas instancias sabatinas organizan sus actividades individuales, administrativas, participativas y productivas, muchas de ellas vinculadas al barrio, al municipio o a la propia huerta. Las vecinas y vecinos de Huceba están al tanto de lo que ocurre en otras huertas y de las necesidades de la policlínica barrial; debaten, se acompañan, discuten, reparten noticias y organizan asambleas para evidenciar sus necesidades o reclamos.

De forma cotidiana las señoras de la huerta ensobran semillas en cientos de sobres, semillas producidas en Huceba cuyo destino son las manos de niños y niñas —cientos al mes— que vienen de visita con las escuelas. Estas semillas también son entregadas a cualquier persona que desee cultivar en su hogar. Silvia estudia la complejidad ambiental y los requisitos que cada variedad de cultivo requiere para rescatar, secar y preservar sus semillas; en la huerta, existe un espacio especial para resguardarlas. Cada integrante del colectivo se especializa en distintas tareas. Se aprende de la experiencia, del gusto por la tierra, y de numerosos y constantes cursos técnicos sobre agroecología, soberanía alimentaria y compostaje. La huerta materializa y pone en movimiento valiosos *saberes* (en el sentido otorgado por el programa Alternativas Pedagógicas y Prospectiva Educativa de América Latina) de personas que, para el mundo neoliberal-capitalista, ya no cumplen un rol útil y productivo. Huceba ressignifica la vida individual y comunitaria de cada integrante (Martínez Montero, 2022).

3 El Centro de Barrio Peñarol es una iniciativa del programa Uruguay Integra de la Dirección de Descentralización e Inversión Pública de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto. Hoy es gestionado por el Municipio G (<https://municipiog.montevideo.gub.uy/>).

En la huerta se enfatiza la importancia de aprender junto a otras personas de la comunidad; sobre todo de vecinas que saben mucho como la Italiana, que fue «la única que dio con la clave para que no se echen a perder las semillas de poroto». Ana dice que Silvia es la guardiana de las semillas y Silvia asiente porque las semillas son un valioso patrimonio natural y colectivo. Durante los peores momentos de la crisis social y económica, agravada durante la pandemia de covid-19, hubo una gran escasez de semillas debido a las restricciones a la importación. En ese contexto, la huerta fue un puntal de soberanía alimentaria y uno de los pocos lugares que tenía semillas para compartir con familias y hasta con pequeños comerciantes: «Nos llamaban de todos lados, hasta de facultad, para comprar semillas. No podíamos —ni podemos— vender semillas porque las necesitábamos para regalar», nos dijo Ana.

Huceba no cuenta con financiamiento estatal, por lo que autogestiona sus recursos. Parte de las tareas que sostienen materialmente a la huerta incluyen la producción de compost y plantines, y también la presentación y redacción de proyectos para acceder a fondos públicos. Hoy en día la huerta produce una cuantiosa variedad de cultivos orgánicos sin plaguicidas a base de compostaje propio para consumo alimenticio, espiritual y medicinal. Sus integrantes coinciden en que este espacio es fruto de un esfuerzo y consenso entre todas las personas que integran el colectivo, y que existe «algo más» que se produce junto con las semillas y los cultivos. En sus relatos, además, se atestigua como la huerta se ha consolidado —a través de la superación de obstáculos de todo tipo— como un pilar comunitario: una «huerta-escuela» de «aprendizajes indispensables» sobre la tierra, la comunidad y la naturaleza. En Huceba, basta con escuchar para dar cuenta de singulares posicionamientos, que se hacen visibles en multiplicidad de decisiones: qué sembrar, qué saberes transmitir, por qué, para qué, para quiénes y cómo hacerlo.

Territorio y ecofeminismos, tensiones y ex-tensiones

En un comienzo divergente, las primeras instancias del EFI nos plantearon —entre juegos e imaginaciones— el desafío de aproximarnos a nuestros espacios de práctica con una mirada que, necesariamente, debía ser diferente. Pretendíamos acercarnos con la intención de establecer un contraste respecto a las modalidades de producción de conocimiento e instrumentalización que abordan las organizaciones sociales como meros objetos de estudio o receptores de conocimiento universitario. ¿Cómo entenderemos la extensión en este EFI y en este espacio?, ¿para qué nos acercamos a los territorios?, ¿cómo nos reciben y por qué? Estas preguntas nos exigían una elaboración teórica y reflexiva previa a nuestra aproximación a los espacios de práctica. Conviene mencionar también que, como particularidad, pudimos elegir Huceba como espacio de práctica. La elección y justificación de este espacio nos enfrentó a la necesidad de explorar un territorio interno y subjetivo; habilitarnos un *partir de sí* (Piussi, 2000) para pisar la tierra de la huerta, y aceptar los caminos personales y políticos que, como mujeres, nos llevaron hasta allí. Estos caminos, que inevitablemente

pautarían nuestros lugares diferenciados de enunciación, develarían nuestras implicancias e incomodidades en clave de un *conocimiento situado* (Haraway, 1995).

Uno de los puntos de partida adoptados en el EFI consistió en problematizar los sentidos y usos que el significante *territorio* ha adquirido a través de las corrientes de pensamiento sociológico de la matriz moderna y posmoderna del pensamiento occidental (Paleso, 2020). El territorio, como *categoría ontoepistémica*, fue una herramienta teórica para deconstruir los caminos de la extensión y «problematizar el velo o sesgo que permea nuestras prácticas educativas y sociales y, a su vez, como aspecto para (re)pensar las formas de construcción de poderes locales desde pedagogías democratizadoras feministas» (Paleso, 2023, p. 19). Siguiendo a Paleso (2023), intentamos repensar el territorio trascendiendo los imaginarios de exclusión del proyecto neoliberal, introyectado en nuestros cuerpos y nuestras prácticas, haciendo el ejercicio de cuestionar los sentidos sedimentados que sitúan a los territorios como lo otro que es objeto de expropiación, dominación o explotación productiva e intelectual.

Este desdoblamiento conceptual también supuso pelear con sus abstracciones, vivir la cara material de los territorios y sentir su impacto en nuestros cuerpos. En otras palabras, tuvimos que acercar conceptos a los espacios de la vida cotidiana, en el entendido de que la Universidad necesita asumir prácticas educativas y sociales desde el deseo por recuperar utopías, horizontes compartidos, cuerpos y sentipensares con el fin de habilitarnos a «pensar en la trama que se teje y despliega en los bordes o márgenes de esos territorios» (Paleso, 2023, p. 22).

Deconstruir la idea de *territorio* nos obligó a revisar las posturas ético-políticas a la hora de pensar nuestro acercamiento al campo, lo que implicó acordar *horizontes éticos* (Rebellato, 1997) y rituales mínimos. Llegamos a la reconceptualización de espacios sociales, como Huceba como territorios en los cuales se suceden procesos de apropiación simbólica, imaginaria y cultural; procesos de constitución de subjetividades que nacen de las múltiples interacciones entre los sujetos que los habitan (Cassanello et al., 2021, p. 141). Situándonos en la huerta, nos interesó pensarla como espacio de singulares *territorialidades*; categoría de rico potencial analítico que nos permitió ubicar nuestra mirada sobre las formas con las cuales las personas de la huerta se organizan, producen y se apropian del territorio comunitariamente, y construyen su historia y significado entendiendo que «cada territorio contiene diversas territorialidades al tiempo que son múltiples las territorialidades que construimos las personas» (Cassanello et al., 2021, p. 142). Esta categoría, además, nos permitió dimensionar a la huerta a partir de su localización territorial más amplia; situarla en el complejo entramado entre historias individuales, barriales y memorias colectivas.

Desdoblando el territorio, entre las historias de quienes trabajan la tierra emergen las territorialidades. Un sábado conocimos a Ricardo, integrante fundacional de la familia Huceba. Su labor ejemplifica muy bien la idea de *territorialidades barriales* (Abaddie et al., 2019) en los espacios de la huerta. Herrero de oficio, Ricardo se declara un apasionado de la historia del barrio y, principalmente, de todo lo vinculado

al casco histórico y al ferrocarril. Caminar entre los canteros y espacios de la huerta implica encontrarse con las creaciones de Ricardo: ensamblajes y objetos ferroviarios rescatados del abandonado patrimonio de la Administración de Ferrocarriles del Estado. Al vecino le encanta narrar cómo recuperan esos objetos, que de otra forma han de perderse. Objetos propios de otros tiempos, usos y sentidos productivos que hoy se acoplan a la huerta y se convierten en mojones de memoria cultural barrial. Ricardo ha recuperado antiguos rieles y una máquina que se encargaba de alzar las barreras. La huerta está llena de trazas de la historia del barrio Peñarol.

En sintonía, la comprensión de las territorialidades de la huerta también nos interroga sobre nuestra propia territorialidad *extensionista* en ella, porque nosotras también dejamos nuestros rastros y forjamos apropiaciones en relación con el territorio y con las personas que lo habitan. Redoblando el desafío, nos preguntamos ¿cómo nos potencia pensar nuestra propia territorialidad en ese espacio en clave de pedagogía feminista?, ¿qué significa ser/observar los cuerpos-territorios?

Cuerpo-territorio y cuidados

A partir de autoras como Raquel Gutiérrez Aguilar, Silvia Federici y Claudia Korol, intentamos armar el puzzle de una pedagogía feminista para vivir la extensión. Esta pedagogía existe en la medida en que enseña una mirada —que toma cuerpo, transforma prácticas—, mientras interrumpe otras y devela «paisajes sociales exuberantes de prácticas colectivas que sostienen la vida cotidiana, negados e invisibles para la mirada [masculinista y] productivista del capitalismo contemporáneo» (Gutiérrez Aguilar, 2020, p. 3). Ensayar la mirada en clave de pedagogías feministas para redirigir nuestra praxis y atención hacia los cuerpos y los saberes capaces de articular resistencias desde el territorio implica, en primer lugar, cuestionar el estatuto ontológico del cuerpo y pensarlo como «un territorio-lugar, [de] vivencia emociones y sensaciones que es también un lugar de resistencia» (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2017, p. 16).

La noción de cuerpo-territorio —empleada desde los feminismos territoriales latinoamericanos— entiende al cuerpo como algo intrínsecamente conectado a aquello que permite la vida, como el aire, el agua o la tierra. Cuerpo y cuerpos que, además, como nos enseña Claudia Korol (2020), articulan modos de conocer y luchas permanentes por la defensa de la vida, frente a los históricos sistemas de opresión coloniales y patriarcales que confluyen en la maquinaria extractivista y destructiva de la lógica del capital. Para Verónica Gago (2019), esta noción extiende la espacialidad corporal en varios sentidos, pues el cuerpo-territorio no está normado por la propiedad individual, sino que «tiene desde el inicio la marca de su capacidad de combate, simultáneamente de cuidado, sanación, defensa y fortalecimiento» (p. 111). Siguiendo a la autora, cuando el cuerpo deviene territorio, constituye una espacialidad contrapuesta al encierro doméstico ocupando «un espacio político organizado y reinventado a cielo

abierto» (p. 114). En este sentido, según Gago, esta noción nos permite problematizar, desde una perspectiva feminista, el lugar del cuerpo contra la heredada dicotomía liberal de lo público y lo privado y, a la vez, politizar el lugar de los cuerpos diversos del trabajo y del cuidado combatiendo las abstracciones de la lógica liberal.

Diversas realidades de la huerta pueden ser abordadas desde la noción de cuerpo-territorio. Sin espacio para extendernos, hemos de mencionar, a modo de ejemplo, la experiencia de Silvia, quien enfermó gravemente de la espalda y no sabía si tal condición era reversible. Silvia es una persona muy activa. Durante meses vimos cómo el dolor físico le impedía realizar algunas de las tareas que más disfrutaba en la huerta. Incluso estar sentada le dolía. Sin embargo, nos llamaba la atención que siempre la encontrábamos en Huceba, un lugar donde los efectos del esfuerzo físico son evidentes. En nuestras charlas percibimos en Silvia una convicción (que no dudaba en repetir a otras vecinas): para sanar debía permanecer en Huceba. Silvia tiene claro que sus acciones en el espacio de la huerta van mucho más allá de la mera producción. Por esto, mientras realizaba las consultas médicas pertinentes, nunca dejó de ir a Huceba, y de ir para estar, para cuidar, cuidarse y sanar. A pesar de aquellos inciertos pronósticos, Silvia se ha recuperado en forma considerable y, en los meses de invierno, es una de las vecinas que, junto a su esposo Ernesto, más intensamente sostienen la actividad comunitaria y de cultivo. Durante meses atestiguamos el proceso de sanación de Silvia, que no solo fue físico, sino también emocional y comunitario; y demostró, si se quiere, que el bienestar del cuerpo está profundamente conectado con el territorio que se habita y se cuida.

Al pensar en el cuerpo-territorio, quizás podamos comprender el profundo vínculo entre los saberes, el cuerpo y la tierra. Huceba ha tenido, y sigue teniendo, un privilegiado acceso autogestionado al agua, un aspecto crucial que determinó su supervivencia durante la emergencia hídrica del 2023. Siempre nos cuentan que la gestión, a través de canales estatales o privados, para la extracción de aguas subterráneas habría sido no solo burocrática, sino también sumamente costosa. Sin embargo, el vecino Benito, con el apoyo de la comunidad, implementó una técnica que domina y enseña y que consiste en caminar siguiendo sensitivamente la dirección de unas varas que se llevan en las manos, hasta detectar un lugar preciso para extraer agua de corrientes subterráneas. He aquí la puesta en juego de saberes del cuerpo, legados que son capaces de sostener el mundo, «saberes que vienen acumulándose como manera de enfrentar el despojo cotidiano» (Herrero y Gago, 2023).

El cuerpo-territorio, como categoría no binaria, también nos permite atender aspectos en torno a la distribución del trabajo en la huerta de cuerpos diversamente sexuados. Notamos que dicha distribución no atiende exclusivamente a diferencias del cuerpo-género cultural binario: no solo los hombres hacen el trabajo pesado, no solo las mujeres riegan los canteros. En cambio, aparecen distribuciones de tareas basadas en los saberes que porta cada individuo, o en función de lo que puede o no puede un cuerpo. Por otra parte, los liderazgos de la huerta —es decir, quienes con

mayor frecuencia toman la palabra para sintetizar demandas, organizar los cuidados, defender el espacio y promulgar acuerdos— son marcadamente femeninos.

Pensar en los (y nuestros) cuerpos-territorios de nuestros espacios de práctica se instaaura como un desafío del porvenir y de la investigación, sumado al reto de incorporar en la reflexión las miradas en torno a las tramas de cuidados, de eco e interdependencia que se tejen cotidianamente; pues, como dice Yayo Herrero (2018), no podemos seguir produciendo conocimiento sin aceptar que:

Los seres humanos somos una especie de las muchas que habitan este planeta y, como todas ellas, obtenemos lo que necesitamos para estar vivos de la naturaleza: alimento, agua, cobijo, energía, minerales. Por ello, decimos que somos seres radicalmente ecodependientes [...]. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras —mayoritariamente mujeres debido a la división sexual del trabajo que impone el patriarcado— dedican tiempo y energía a cuidar de nuestros cuerpos (p. 113-114).

Distintas experiencias en la huerta nos han ido llevando a adoptar estas líneas de análisis en las que deberemos profundizar. A partir de estos desarrollos nos interesa retomar las interrogantes planteadas en clase: ¿qué significa pensar los cuidados desde el territorio?, ¿cómo se articulan los cuidados en un espacio como Huceba? Sabemos, desde ya, que en la huerta habitan muchos cuerpos que cuidan y que quieren ser cuidados. Esta necesidad pone en marcha una diversidad de estrategias de *comunalización* de los cuidados en una etapa muy particular de la vida donde, además, se produce un despliegue de saberes que resultan de gran interés y potencial político para la investigación.

La huerta y las luchas por lo común

En nuestro ciclo de práctica, entendimos que estudiar las territorialidades requiere tiempo, escucha y permanencia. Las territorialidades de Huceba tienen rasgos comunitarios específicos que evidencian las luchas por lo común. Entendido en el sentido de Raquel Gutiérrez Aguilar (2020), *lo común* es conceptualmente amplificado como relación social. Desde este punto de vista, las luchas por lo común son tramas asociativas que se producen y hacen entre muchos; esfuerzos colectivos que se realizan en defensa de las condiciones materiales y simbólicas que garantizan la reproducción de la vida y el usufructo y disfrute de bienes materiales (como el agua, la tierra y las semillas) e inmateriales. Para Gutiérrez Aguilar (2020), las luchas por lo común se recuperan mediante el lenguaje y la memoria: a través de ellos se actualizan las experiencias de las luchas donde «se generan sentidos compartidos que, justamente al hacer sentido, permiten que la experiencia singular se entrelaza con los demás» (p. 7).

Asistir a la huerta y atestiguar las luchas por lo común nos implicó participar de sus acuerdos de su cotidianidad y de su apertura comunitaria. A la par, también compartimos momentos de intimidades propias de una familia: «Hace más de ocho años

se formó una familia. Si te fijas, cada uno de nosotros ocupa distintos roles», nos cuenta Ana. Por momentos nos sentimos como intrusas permitidas en medio de una familia abierta que se eligió a sí misma. Son incontables las vivencias, intercambios y acuerdos que se comparten en este espacio atravesado por las historias de vida, los lazos de interdependencia y los saberes que porta cada integrante. Las reuniones de los sábados son un momento compartido, estructurador del funcionamiento del espacio y reactualizador de la experiencia donde cada opinión importa y tiene que ser escuchada. De cada acuerdo depende la permanencia: «¡Acá sí que se ejercita la tolerancia!», nos dicen. Dentro de este espacio se reflexiona en torno a todo y todas, también se pegan gritos y rezongos. Los vínculos son un foco continuo de reflexión; de hecho, en una asamblea se discutió a fondo sobre la siguiente pregunta: ¿qué significa recibir bien a la gente?

Muchas veces llegan personas desconocidas que bien podrían sumarse a esa familia. Si se dan las confluencias, la apertura está. Mucha gente se va y vuelve, o vuelve y se va. G. F., por ejemplo, que tiene 18 años y le gustan las plantas, expresó que no tenía mucho para decir; sin embargo, compartió que probablemente llegó a la huerta buscando una abuela (o más de una) después de perder a la suya, que era una gran apasionada del jardín.

Huceba tiene un plantel estable formado, más o menos, por diez personas muy diferentes entre sí, pero que coinciden en algo: el amor por la tierra y ese espacio. Una familia —como diría Donna Haraway— por afinidad. Es común escucharlas decir que en la huerta no hay nada regalado. Jorge dice: «Acá hay una apropiación porque somos guerreros. Acá se consigue todo por insistencia» y Ana agrega que en la huerta «hay un montón de sueños que se tejen todos los días, y un grupo que da para adelante». La comunidad de la huerta ha participado de huelgas y también se ha defendido, en contadas ocasiones, del atropello de algunas autoridades que no entienden la legitimidad de sus conquistas.

Los aportes conceptuales aquí desarrollados constituyen valiosas claves analíticas para nutrir nuestro registro etnográfico y aproximarnos a nuevas comprensiones de lo comunitario. Estas claves nos invitan a rastrear territorialidades atendiendo a las luchas por lo común, a los saberes desplegados en el sostenimiento de la vida y los cuidados cotidianos, a la estética-política de lo creado en el entorno, al lenguaje y a la activación de la memoria en el relato.

El tiempo en la huerta y los tiempos de *la demanda*

¿Cuán conscientes somos de los tiempos y ciclos de vida, tanto humanos como no humanos, al inicio de una práctica de extensión? De forma frecuente pretendemos, en algún momento, generar algo junto a los actores del territorio; algo que tenga *proyección*, que implique *transformación* y que, además, tenga sentido para la comunidad con la que se trabaja. Al principio de nuestra práctica, nos encontramos

sin una clara dirección sobre qué hacer o por dónde empezar. Con el tiempo, sin embargo, llegamos a comprender que *el hacer* se desarrollaba de manera simultánea con nuestra comprensión de la importancia de poner el cuerpo y el pensamiento en un espacio que, debido a su historia, nos exigía elaborar críticamente nuestra aproximación. Sin la pretensión de generar respuestas acabadas, nuestro tiempo en la huerta nos hizo aprender que no hay manera de emprender una proyección transformadora desde la extensión sin antes dar lugar a la necesidad de dejarnos transformar y *reencantar* (en el sentido de Federici, 2020) por las resistencias y contradicciones de quienes acompañan estas luchas por lo común.

El tiempo es un tema muy recurrente, muy importante en la huerta: el tiempo de las cosas y de los cultivos, el de los lazos interpersonales, el de los saberes y el de la permanencia de la huerta. «Acá no se puede venir apurado», nos dicen. También se viven los desajustes de los tiempos dentro y fuera de la huerta, y las cronologías dispares de la burocracia del municipio. Para Gutiérrez Aguilar y López (2019), los tiempos desplegados en las luchas son siempre extraordinarios en la medida que alteran y reorganizan la actividad cotidiana. Las autoras subrayan: «la calidad del tiempo es siempre diversa y heterogénea, por más que exista una fuerte presión del capital por fijarlo en su calidad lineal y homogénea» (p. 395). Frecuentemente, nos dicen que la huerta es un lugar para aprender del tiempo, insisten en que cada cultivo tiene su temporada y su lentitud. «¡Qué me iba a imaginar yo que la cebolla hay que cuidarla nueve meses, igual que a un embarazo!», dice Gladys. En Huceba, recordar palabras y personas es también una forma de resignificar y entender el tiempo. A Alicia se la recuerda cotidianamente porque enseñó muchas cosas, sobre todo a probar y cocinar hasta el yuyo menos pensado que crece en los canteros.

Vecinas y vecinos concuerdan en que el tiempo del disfrute se pasa rápido y que los tiempos para los cuidados de la huerta no son inagotables, hay que planificarlos, acordarlos, sentirlos y racionalizarlos. Por otra parte, la permanencia en el tiempo y la historia de la huerta importa a todas: hay una y muchas historias que contar. En este espacio existe una clara voluntad de dejar constancia de tantas memorias individuales y colectivas con la conciencia de que en él se producen cosas distintas y de que nada fue regalado.

El sábado 2 de setiembre llegamos a la huerta con varias horas de retraso, y sin avisar, porque pensamos que se iban a quedar toda la tarde. De igual forma, nos esperaron. Ana nos llamó la atención, fue incómodo, pero al rato ya estábamos compartiendo de todo un poco mientras esperábamos que se terminara la partida de truco, que era por plata. Al cabo de un rato, pasamos a revisar entrevistas en YouTube y registros fotográficos de la huerta con la intención de seleccionar material para hacer un corto audiovisual para un concurso. El propósito era claro: el corto tenía que reflejar aun en su brevedad una retrospectiva, por eso la importancia de recuperar archivos audiovisuales de los propios integrantes de la huerta y sus voces. Terminamos haciendo una animación *stop motion* de doce fotogramas por segundo, donde aparecen las

manos que trabajan la tierra mientras las letras de la huerta se van armando, rítmicamente, a partir de las flores, piedras pintadas y semillas del lugar.

Entre las cosas que compartimos, un sábado surgió la experiencia que dio lugar a la segunda colaboración participativa entre personas de la huerta y nosotras, estudiantes. Gladys nos contó un sueño que tuvo. Gladys, que tiene 84 años y es artesana autodidacta, suele ser la encargada de las creaciones artísticas de la huerta: el espantapájaros, los carteles pintados que identifican cada cultivo, la maceta del tucán hecho con una llanta, entre otras. Esta vez, había soñado con la creación de animales para los canteros para motivar a las niñas que visitan la huerta. Ana, enseguida, dijo: «¿Vieron? Acá en la huerta se cumplen los sueños, ellas te pueden ayudar». Gladys nos enseñó a crear animales con materiales reciclados que hicimos para recibir a los niños y las niñas de las escuelas, aunque aún nos falta pintarlos. La preocupación principal de Gladys era de intención estética pero también pedagógica: recibir a los niños y a las niñas con representaciones de animales asociadas a cada cultivo, ayudarles a asociar y recordar, mediante el arte, lo que se produce en la huerta. No es la primera vez que Gladys emprende este tipo de tareas. Su nieta, que hoy tiene 24 años, también la ayuda; durante la charla compartimos fotos de unos renos navideños de tamaño natural que crearon juntas para la huerta. Para Gladys, los renos tenían una función que trascendía lo decorativo:

A veces los padres o las madres no tienen tiempo o dinero para llevar a los niños a dejar la cartita, a veces las veo pasar por la huerta, los niños quieren entrar y les dicen: «Después te traigo...», y no vienen.

Los renos eran una forma de facilitar, desde lo económico, la entrega de la carta, pero también era una manera de cambiar el paseo al shopping por un paseo a la huerta.

Despedida en la huerta

El 16 de diciembre de 2023, la huerta Huceba despedía otro año. Estábamos invitadas como participantes y como estudiantes de Udelar. La oportunidad nos permitió encontrarnos con estudiantes de la Licenciatura en Nutrición y Educación Social que, por diversas vías, también dieron con la huerta. Llegamos juntas a Peñarol en el 582, una sanducera y una exvecina del barrio. Antes de llegar, saludamos a Pablo, herrero del barrio y visitante de Huceba, que nos mostró el dragón de chatarra que instaló en la vereda. Una cuadra después llegamos al camino conocido y al portón de la huerta. La mesa estaba afuera y casi no tenía espacio para más comidas caseras. Vecinos y vecinas iban llegando de a poco y qué felicidad tenían porque la tarde prestaba el fresco para compartir palabras y proyectos. Vinieron las personas de siempre y muchas más, incluso quienes estaban con achaques de la vida o quienes habían tenido algún roce, de esos propios del compartir un espacio de estrecha vida comunitaria. «La comida convoca», nos dijo Ana, y charla mediante, se inició una ronda de participaciones: ¿Qué nos trajo a la huerta?, ¿qué significa para cada uno?, ¿qué significa para los y las

estudiantes estar acá?, ¿qué deseamos para el año que viene?, ¿qué podemos proyectar juntos? Ante la variedad de historias y recorridos nos conmovimos en varios momentos y, disimulando, apuntamos sensaciones para elaborar. Benito, *el Pocero*, trajo a su nieta y también instaló luces que se cargan con energía solar. La decoración era importante: los arreglos vegetales de Gladys, hechos con materiales orgánicos de la huerta, se estaban estrenando y el espantapájaros también estaba de gala. Tuvieron la idea de colgar una cuerda llena de tarjetas que reproducían los mensajes que escriben quienes visitan en el cuaderno de visitas durante el año:

Huerta comunitaria, sitio de la memoria. La Tablada [agradece] por su ayuda a cumplir el sueño de iniciar la huerta. Tendremos hijos de sus plantas. Gracias por sus semillas, las plantas y el préstamo de herramientas.

Debería haber, en todos los barrios, huertas comunitarias.

Los que vinimos nos vamos en equilibrio.

Gracias por compartir saberes, experiencias y semillas. Gracias por sembrar la solidaridad y trabajo cooperativo en tiempos tan necesarios. Volver a la tierra, ganar en autonomía alimentaria.

Pudimos acuerpar y llenar de memorias propias esos mensajes, que se entrelazaron con las diversas experiencias que cada una de nosotras vivió en Huceba a lo largo del año. Al finalizar el 2023, insistimos con el necesario ejercicio de enunciar qué motivó a estas dos estudiantes, provenientes de distintos lugares, a elegir la huerta como espacio de práctica.

Yo, Sandra, soy oriunda de Paysandú y estoy acostumbrada a ocuparme de la tierra y del cultivo. Me acerqué a Huceba en el año 2023 en el marco del EFI. Mi elección de la huerta como espacio de extensión fue impulsada por la búsqueda de bienestar interior y de vivir en equilibrio con lo que me (nos) alimenta. Entiendo profundamente que somos el resultado de lo que nos alimenta y que nos beneficia estar conectados con ello para ser y estar en plenitud. Por ese motivo, acercarme a la comunidad de Huceba significó mucho más que solo buscar un espacio para cultivar. Viví Huceba como un viaje de conexión con la naturaleza y conmigo misma. Más allá de lo académico, la huerta se convirtió en un refugio, un lugar donde encuentro paz y equilibrio. Aprendí (y aprendimos), entre tantas cosas, la potencia de pensar *el huertear* como práctica democrática y transformadora, porque huertear en Huceba implica sostener —y a la vez— cuidar y sanar. En pocas palabras; busqué, en la huerta, un espacio donde reconectarme con el mundo que me rodea, un lugar de encuentro y comunidad donde las individualidades son más que la suma de las partes y hacen posible un ambiente de aprendizaje continuo y de respeto mutuo.

En mi caso, Mariana, llegué a la huerta en el año 2021. Actualmente, soy docente en Educación Secundaria - ANEP, y estudiante de la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Peñarol fue mi barrio por más de veinte años; sin embargo, sabía poco de su historia de fuerzas colectivas. Por aquel entonces, Peñarol ocupaba la cíclica

crónica roja de forma permanente, de tal manera que parecía ser solo un territorio bordeado de peligro y muerte. A pesar de todo, El Trompo seguía en su lugar habitual y quedaba mucho del barrio por descubrir. Fue en el ámbito de un trabajo para un seminario de la licenciatura que me acerqué a Huceba, lugar que apenas había oído nombrar, con la intuición de encontrarme con los cuerpos de la teoría, con las vecinas y vecinos y sus saberes. Hoy sé que también buscaba aire, tierra y demostración de otros horizontes posibles y que la falta de todo esto tenía mucho que ver con mi, en aquel entonces, cinismo de supervivencia hacia la realidad educativa cotidiana en las instituciones. Al principio me invadía una necesidad borrosa pero urgente de subvertir la (mi) retórica del miedo y de la ansiedad en torno a mi barrio familiar. Más adelante, comprendí que quería/necesitaba una nueva forma de mirar el mundo como mujer, como docente, hija y nieta. Una nueva mirada para acercarme y aprender de lugares como la huerta mientras se nutre en compañía y se acompaña. Estoy en este proceso, comprendiendo que necesito y necesitamos creer en lo común y en distintas formas de crear lazos con la tierra y las personas.

Cada una de nosotras, como estudiantes, tuvo su trayecto, sus tiempos y contratiempos en el territorio. A veces era difícil ir a la huerta, había demasiado para equilibrar: el trabajo, las ganas, la comodidad, el estudio, la vida, la familia y, en medio de todo eso, un paréntesis espaciotemporal en forma de recovecos semanales para acercarnos a la tierra, a la gente y a sus realidades. Salto temporal mediante, hacia finales del año llegamos a una paulatina confluencia de caminos mientras hacíamos tareas como sembrar morrones con Ernesto, aprontar plantines junto a Silvia, Rosana, Gladys, Isabel o Ana.

Intentamos acompañar a la huerta y a su gente, entender sus motivaciones y conflictos. Hicimos el borrador de una *extensión compañera* que se deja transformar, que deconstruye los vínculos asimétricos entre quienes participamos de los espacios de extensión. Comprendimos la difícil tarea de dejarnos transformar por dentro para permitirnos —desde lo individual y colectivo, como acción autoeducativa— el espacio material, simbólico y temporal de volver a mirar y «reconocer los elementos transformadores que puede contener la propia dinámica de la *vida cotidiana* de los sujetos» (Rodríguez y Miranda, 2003) con quienes trabajamos.

La extensión compañera que intentamos acuerpar como idea político-pedagógica se llenó de la potencia de la mirada feminista y ecofeminista para comprender y aprender de los ciclos de eco e interdependencia presentes en las realidades y saberes de nuestros barrios, haciendo lugar a los «anhelos individuales y colectivos de sostener una práctica educativa-social que cuide, acompañe, acurruque a las personas [...]» (Paleso, 2023, p. 16) y, también en palabras de Paleso, apostando al «diálogo de saberes que construya y produzca procesos de democratización que sean parte de las prácticas de existencia, reexistencia y transformación que, a su vez, incluya y provoque la construcción de “otras-nuevas” utopías y esperanzas de los sujetos colectivos» (p. 20).

Mientras pelamos una montaña de habas con Manuel, de cinco años —nieto de Silvia—, también fuimos aprendiendo, nosotras estudiantes, la una de la otra. En medio de esas sensaciones, también tuvimos que entender y resignificar viejas y nuevas categorías y comenzar a *huertear* para habilitarnos la esperanza de un porvenir de horizontes democráticos compartidos, capaces de albergar —al decir de Federici (2020)— la necesaria posibilidad de recuperar el poder de decidir colectivamente nuestro destino en esta tierra.

Consideraciones finales

En el desarrollo de este trabajo, hemos compartido sentipensares y nuestro recorrido práctico y teórico iniciado desde el EFI Pedagogía Social, Territorialidades y (eco) Feminismos. Hicimos el ejercicio de nutrir nuestra mirada a partir de enfoques conceptuales provenientes del pensamiento feminista, en especial del ecofeminista, con la intención inicial de reexaminar las aún resistentes prácticas instrumentales de la extensión universitaria.

Durante nuestras prácticas, nos propusimos atender a los ciclos de eco e interdependencia presentes en la cercanía de nuestros barrios, en una huerta. Desde allí, experimentamos la conexión intrínseca que existe entre los procesos para sostener la vida y las luchas por lo común. Experimentamos también la transformación de nuestra mirada para visibilizar y valorar los saberes y prácticas de las mujeres vecinas y también vecinos de Huceba, quienes, a través de su trabajo, no solo cultivan la tierra, sino que enseñan las múltiples formas del cuidado haciendo de la huerta un lugar de resistencia y reexistencia. Un lugar donde se desafían narrativas hegemónicas sobre cómo vivir ciertas etapas de la vida (y la vida misma) a partir del sustento de singulares formas de comunidad y solidaridad.

En este trayecto, ha ido tomando forma la idea de *extensión compañera*, que oportunamente sistematizaremos en futuros trabajos. En este sentido, queremos dejar en claro que iniciamos un proceso de reflexión que necesariamente deberá tener continuidad. Entendemos que las experiencias y sentipensares que aquí compartimos son solo el comienzo de un camino más largo hacia la profundización de nuestro compromiso, que parte del interés primordial que tenemos como estudiantes y como mujeres de transformar nuestras prácticas y reflexionar sobre el lugar que ocupamos dentro de las relaciones de poder y conocimiento que establecemos en los espacios de extensión. Reflexionar partiendo, sobre todas las cosas, de nosotras mismas y de los lazos que hemos sido capaces de construir y cuidar.

Referencias

ABBADIE, L., BOZZO, L., Da FONSECA, A., FOLGAR, L., ISACH, L., ROCCO, B., RODRÍGUEZ, A. y VIÑAR, M. E. (2019). Del barrio a las territorialidades barriales: revisitando categorías desde experiencias de

- trabajo en cuatro barrios de Montevideo. En *Habitar Montevideo: 21 miradas sobre la ciudad* (pp. 267-295). La Diaria. <https://acortar.link/7NNEqz>
- CASSANELLO, C., CAVALLI, V. y PALESO, A. (2021). Circulación de saberes en tiempos de crisis: la experiencia del EFI Pedagogía, política y territorio frente a la pandemia. En M. Camejo, E. Villamarzo y C. Bica (Comps.), *Emergencias y emergentes en tiempos de pandemia. Miradas y experiencias desde la extensión y la integralidad*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- COLECTIVO MIRADAS CRÍTICAS DEL TERRITORIO DESDE EL FEMINISMO. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- FEDERICI, S. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes* (M. A. Catalán Altuna, C. Fernández Guervós y P. Martín Ponz, Trad.). Traficantes de Sueños. (Obra original publicada en 2019).
- GAGO, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de Sueños.
- GUTIÉRREZ AGUILAR, R. (2020). Producir lo común. Entramados comunitarios y formas de lo político. *Re-visiones*, 10(1).
- GUTIÉRREZ AGUILAR, R. y LÓPEZ PARDO, C. (2019). Producir lo común para sostener la vida. Notas para entender el despliegue de un horizonte comunitario-popular que impugna, subvierte y desborda el capitalismo depredador. En K. Gabbert y M. Lang (Eds.), *¿Cómo se sostiene la vida en América Latina? Feminismos y re-existencias en tiempos de oscuridad* (pp. 389-417). Abya-Yala.
- HARAWAY, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- HERRERO, Y. (2018). Economía ecológica y economía feminista: un diálogo necesario. En C. Carrasco Bengoa y C. Díaz Corral (Eds.), *Economía feminista. Desafíos, propuestas, alianzas*. Madreselva.
- HERRERO, Y. y GAGO, V. (2023). *Ecofeminismos. La sostenibilidad de la vida*. Icaria.
- KOROL, C. (2020). *Feminismos populares. Pedagogías y políticas*. Chirimbote.
- MARTÍNEZ MONTERO, M. (2022). *La huerta urbana «huceba»: saberes y pedagogías que interpelan los sentidos de la extensión universitaria* [Ponencia]. Jornadas Académicas Carlos Vaz Ferreira, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo.
- PALESO, A. (2020). *Educación, territorio(s) y sujetos: los sentidos en programas de educación media básica pública en Uruguay (2005-2019). Intentos de construcción de un proyecto político-pedagógico* [Tesis de maestría, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República].
- PALESO, A. (2023). Desordenando fronteras territorialidad(es) y perspectivas decoloniales y feministas. Resonancias desde la experiencia en el Espacio de Formación Integral Pedagogía, Política y Territorio. *Integralidad sobre ruedas*, 9(1), 12-32.
- PIUSSI, A. (2000). Partir de sí: necesidad y deseo. *Duoda: Revista de estudios feministas*, (19), 107-126.
- PUIGGRÓS, A. y GÓMEZ SOLLANO, M. (2009). Saberes socialmente productivos. Educación, legado y cambio. En A. Puiggrós y M. Gómez Sollano (Coords.), *Saberes socialmente productivos y educación. Contribución al debate*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- REBELLATO, J. L. (1997). *Horizontes éticos en la práctica social del educador*. Instituto Nacional del Menor.
- RODRIGUEZ, D. y MIRANDA SOMMA, F. (2003). *La educación social: tercer espacio educativo*. Centro de Formación y Estudios del Instituto Nacional del Menor.